

La Reforma Educativa y los Medios de Comunicación

Gustavo VILLAMIZAR
Universidad de Los Andes-Táchira / gvilla@telcel.net.ve

La Reforma y los Medios

Referirnos a la reforma educativa y pensar en los medios de comunicación en medio de ella, nos lleva, sin duda, a plantearnos en primer lugar, una reflexión en torno a lo que ha sido una relación nada exitosa desde siempre. Por múltiples circunstancias y un sinnúmero de razones y concepciones, la educación y los medios han transitado por caminos distintos, en ocasiones encontrados y sembrados de gran cantidad de obstáculos.

Una suerte de recelo sempiterno de ambos sectores ha caracterizado la relación entre los medios y la educación. Después de largos años de mutuos señalamientos, en los que también, justo es reconocerlo, han surgido un buen número de experiencias de trabajo conjunto, las reservas parecen interminables. En síntesis, la disputa pudiéramos ubicarla en forma directa y sencilla en la crítica de la educación porque los medios no educan y la frivolidad de su mensaje y el señalamiento de los medios porque la escuela es aburrida y desactualizada. Ello ha determinado el surgimiento de discursos condenatorios, desde diversos sectores y disciplinas, contra los medios de comunicación en décadas pasadas, los cuales no fueron manifestaciones aisladas o meros ejercicios críticos de la intelectualidad. El sentimiento de aversión a la actividad de los llamados mass media logró unificar en un solo cauce a intelectuales, dirigentes y sobre todo, a instituciones básicas en el engranaje social como la educación. De manera que a la teoría de la alienación, refrescada y fortalecida por la ubicación de los medios dentro de los llama-

dos aparatos ideológicos, por los círculos críticos, se junta una corriente de abominación por quienes ocupaban el otro extremo, es decir, los sectores conservadores. Así, hallamos severas condenas provenientes tanto de teóricos sociales, filósofos, políticos, como de clérigos y gobernantes maniqueos. Si bien los puntos de partida conceptuales diferían radicalmente, es evidente que los puertos discursivos eran muy similares. Los unos los condenaban por alienantes



Resumen

Se aborda en este artículo la necesidad de poner fin a la disputa de décadas anteriores entre los medios de comunicación y la institución escolar. Marcar un punto de encuentro entre estas dos prácticas fundamentales en la dinámica social requiere, de partida, el reconocimiento de la condición singular y diferente de cada una. Ello exige la modificación de algunas nociones y concepciones que señalan la función social de los medios y la institución escolar, las cuales han alimentado un enfrentamiento inútil, o cuando menos, extemporáneo. De la misma manera, tales precisiones despejan cualquier intento de invasión o sometimiento de los medios a la educación, o viceversa.

Palabras clave: Comunicación, Educación, Medios, Escuela, Reforma.

del pueblo, los otros por relajantes de la moral y la distorsión de los valores; unos los responsabilizaban de la masificación inconsciente, los otros los ligaban al desafuero y el vicio; unos los reconvenían por estimular el consumismo y los otros por un excesivo materialismo; unos los abominaban por transculturizantes y los otros, por generadores de la anti-ética.

En el florecimiento de sentencias tan radicales, alentadas desde puntos de vista tan extremos, recreados en la condena y en la militancia de la abominación, nos hallamos impedidos de apreciar algunas mínimas bondades de los medios. En esa práctica reprobatoria, se perdió de vista la condición básica de los medios, para apreciar sólo su parte externa. De tal suerte que se condenó la programación, un tipo de conducción, el software, y en ese empeño se desvía el enfoque de lo sustancial de los medios de comunicación. Aunque la mayoría de los programas difundidos diariamente no tienen la virtuosidad requerida desde un punto de vista crítico, lo reprochable, insustancial, intrascendente y banal,

no es atribuible a los medios como tales, a su razón de ser, sino a una concepción de su uso, a una manera de pensarlos, a una forma de entender su misión en la sociedad.

De manera que se armó todo un discurso condenatorio basado sólo y únicamente en lo que mostraban las apariencias, en las manifestaciones, en las programaciones, sin detenerse en la consideración de los elementos de fondo. Los medios de comunicación son, qué duda cabe, el vehículo de información (¿y formación?) más importante con que cuentan nuestras poblaciones y en estos días de naciente milenio, a pesar de la anatematización, ellos permanecen enseñoreados como los grandes factores de socialización en nuestras comunidades. Los medios constituyen un elemento básico en la vida de nuestros hogares y su mensaje está a diario con nosotros como uno más de la familia.

La sociedad mediática

La presencia avasallante de los medios en todas las dimensiones de la dinámica social, su creciente influencia, ha llevado a los teóricos sociales a hablar de la "sociedad mediática", "la era mediática" u otras denominaciones parecidas. Vattimo (1991) precisa: "La sociedad en que vivimos es una sociedad de la comunicación generalizada, la sociedad de los medios de comunicación (mass media)" (p. 188).

De tal suerte, que estamos ante circunstancias que reclaman una mirada distinta de los medios y una consideración diferente de su relación con una actividad estratégica de la sociedad como la educación. Ello exige colocarnos en puntos de partida que despejen el camino a recorrer, para intentar una nueva visión de los medios más cercana a lo que igualmente debe ser una nueva educación.

En primer lugar, debemos admitir que la acción de los medios y su innegable influencia sobre la gente ha dejado en evidencia que la escuela o el sistema escolar han perdido el monopolio de la educación que usufructuaron durante largos años. A estas horas, resulta una enorme equivocación, cuando no una necedad, seguir considerando el aula escolar como el único es-



Abstract

The Educational Reform and the Mass Media:

This article is an approach to the need for an ending to the controversy of earlier decades concerning the means of communication and school institutions. In order to mark and encounter vertex between these fundamental practices of social dynamics, it is required to recognize from the beginning the each one these activities is singular and different from one another.

This demands modifying some of the notions and conceptions that distinguish the social functions of mass media and school institutions which have supported a confrontation by all means useless and at least extemporary.

In the same way, such precisions clarify any intentions to invade or to submit the media to education or vice versa.

Key words: *Communications, Education, Media, School, Reform.*

pacio propicio para aprender. A este respecto, apunta Bisbal (1996): "El sistema educativo, frente a las nuevas generaciones, dejó de ser el marco referencial para interpretar la realidad del mundo y de la existencia, dejó de ser la fuente de la cultura dominante, dejó de constituirse en el tejido constituyente de la sociedad" (p. 72).

En segundo lugar, es imprescindible desprendernos de la creencia de que los medios, sobre todo la televisión, no enseñan nada y aceptar que por el contrario, "*educan demasiado*" tal como lo señala Savater (1997):

El problema no estriba en que la televisión no eduque lo suficiente sino que educa demasiado y con fuerza irresistible; lo malo no es que transmita falsas mitologías y otros embelecos sino que desmitifica vigorosamente y disipa sin miramientos las nieblas cautelares de la ignorancia que suelen envolver a los niños para que sigan siendo niños. (p. 69)

Igualmente, afirma que "No hay nada tan educativamente subversivo como un televisor: lejos de sumir a los niños en la ignorancia como creen los ingenuos, les hace aprenderlo todo desde el principio sin respeto a los trámites pedagógicos" (p. 3).

Vistos la educación y los medios desde este punto, es posible trasponer el tradicional escollo que representa la idea que los juzga como dinámicas irreconciliables y contradictorias. Pongamos entonces las cosas en claro: en los tiempos que corren, ni la escuela detenta la hegemonía de la educación, ni los medios son el aniquilamiento del aparato escolar. Continuar insistiendo en la atribución de las mayores virtudes a la escuela y las peores funciones a los medios, es sin duda, intentar recrearnos en juicios farisaicos, distantes de la realidad que muestran los días que transcurren.

Los medios y sobre todo la televisión constituyen sin lugar a dudas, el elemento primario de socialización de nuestras comunidades, relegando a planos secundarios y en ocasiones sin mayor incidencia, a los hasta hace poco socializadores básicos como la familia y la escuela. Los medios son para nuestros niños, desde el mismo nacimiento, elementos de la ecología familiar, según asienta Guinsberg (1996).

Educación/Medios: algunas precisiones

A la hora de plantearse la posibilidad de cualquier relación provechosa entre la educación y los medios, surge la necesidad de formular algunas precisiones de partida, construidas sobre la respuesta a ciertas interrogantes: ¿Qué significa para la relación educación/medios pensarlos o repensarlos de otra manera? ¿Qué puede aportar a los dos aparatos una mirada más cercana a las condiciones que marcan los tiempos que vivimos? ¿Será posible conciliar la acción de una y otros para provecho de nuestra gente?

Tratemos en las líneas siguientes de despejar cuanto nos sea posible, bajo la condición de la brevedad, las interrogantes formuladas para insinuar algunas salidas.

Resulta necesario, en primer lugar, entender que la tal contradicción, el enfrentamiento o la supuesta lucha entre medios y educación, no tiene piso firme. Igualmente, debe ponerse en claro que muchos de los señalamientos que condimentan la pugna no son otra cosa que los sacudones propios del aparato educativo en su pretensión de perennizar su hegemonía como elemento básico de la formación de los sujetos de nuestras sociedades. De allí surge el difundido sentimiento de condena a los medios y los valores que transmiten, y sobre todo, la permanente duda sobre sus bondades educativas. Entonces reiteremos, a estas alturas, ni la escuela es el único espacio para aprender, ni nuestros niños dejan de aprender cuando ven la "tele", oyen la radio o leen comics. El problema en la experiencia cotidiana reside en que esos aprendizajes, provenientes por lo general de los enfoques interesadamente crudos y truculentos prevalecientes en los medios, no son abordados simultáneamente por la familia o la escuela, lo cual permite que pasen sin filtros y de esa manera se fijen, creando malinformaciones o deformaciones perniciosas.

En segundo lugar, los medios, como parte de esa avasallante revolución tecnológica de los últimos años, conformantes de nuevas nociones espacio-temporales, tienen tiempos, dinámicas y usos, de ninguna manera comparables a los rituales decimonónicos de la escuela. Vistas las condiciones de nuestras colectividades y nues-

tras gentes, los tiempos de los medios parecen más cercanos a ellos que los de la escuela. Sumergidos en estos días en la maraña de un evidente trastocamiento de las doctrinas y saberes rígidos que nos ilustraban y otorgaban seguridad, cifrados ahora por la incertidumbre en el juego de lo impredecible, la escuela luce no sólo demasiado lenta y rutinaria, sino preestablecida, previsora y temerosa, presa de planes y programas concebidos en el sopor de un aula aislada, aun cuando en ocasiones se aparezcan como pretendidamente innovadores.

En tercer lugar y actuando consecuentemente con la diferencia antes señalada a nivel de tiempo, uso y dinámica propias, resulta terminante que reconozcamos los dos aparatos, el educativo y el comunicacional, como distintos, con características propias y singulares, lo cual nos evitará una observación condicionada del uno por el otro. No vale la mirada de los medios desde las condiciones de la escuela, y tampoco, la visión de la escuela desde la garita de los medios, por cuanto ello nos conducirá irremediablemente a los juicios de valor, los cuales no cuentan en lo que ahora nos proponemos.

En lo suyo: la formación y el entretenimiento

Pensar la escuela y los medios como distintos, con una dinámica y una lógica de elaboración y desempeño propia y singular, nos debe llevar a colocar un hito fundamental: no pretendamos asimilar los medios al aparato escolar, convertirlos en escuelas y menos, conceder la responsabilidad de la educación únicamente a los medios; como tampoco forcemos la escuela a convertirse en sitio de entretenimiento y espectáculo. No se trata del uno sin el otro, porque ello sería rumiar en el manido discurso maniqueo de la condena o la alabanza. Se trata de auscultar las posibilidades de interactuar del uno y el otro, distinto, diferente, singular, con condiciones y funciones propias, particulares, en una relación de enriquecimiento.

Esta afirmación de y en la diferencia, permite comprender los fracasos de las experiencias que han intentado escolarizar los medios, darles un

"uso educativo" mediante la difusión de "clases", a partir de una práctica según la cual basta con utilizarlos como "altavoces" del aula. Igualmente, precisar la diferencia contribuye a aclarar el fracaso de las pretensiones de una supuesta modernización de la práctica escolar, únicamente a través de la incorporación de sofisticados equipos de filmación, proyección, grabación, edición y otros, al trabajo del aula.

De igual forma, si aspiramos a una relación más fructífera y conectada con la realidad entre medios y educación, debemos avistar los propósitos básicos de cada uno de ellos, lo cual deslinda su función social. Los fines de la educación siempre han sido formulados a partir de la aspiración de la formación de un ciudadano apto para la actuación bajo las condiciones delineadas por los parámetros de la sociedad en la que le correspondió vivir. Los fines de los medios de comunicación, no obstante sus múltiples posibilidades, las declaraciones oficiales, e incluso, las restricciones en algunos regímenes, están ligados o por lo menos cercanos desde siempre, al entretenimiento. Esta distinción en los fines y propósitos de ambos procesos, marca en forma evidente una nueva diferencia, ésta a nivel de la función que la sociedad ha asignado a cada uno de los aparatos. De manera que la búsqueda de un vértice de relación entre ambos debe contar con esta diferencia, para no trastocar la función de uno en beneficio o en perjuicio del otro. Lo mismo exige que valoremos en su justo término, obviando cualquier veleidad moralizante, la función que cumplen en la dinámica vital de nuestra gente la formación y el entretenimiento, e igualmente, que precisemos si estas dos prácticas se repelen o por el contrario, pueden juntarse para enriquecer cada una el trabajo de la otra.

La educación y los medios de comunicación, que quede claro, no son irreconciliables. Por el contrario, se necesitan, se complementan, sólo que esta necesidad y condición complementaria establece algunas condiciones básicas para asegurar una unión duradera. Estos requisitos tocan tanto a la educación como a los medios y claro está, las exigencias se establecen a partir del respeto de las condiciones particulares en función de una comparecencia dialógica.

En consecuencia, es bueno que detallemos las exigencias correspondientes a cada práctica para procurar esa relación por la que aquí abogamos:

En la educación:

- Es preciso modificar las nociones básicas de la práctica educativa, cuales son las de enseñanza y aprendizaje. Se requiere superar la concepción de la enseñanza como mera presentación de información o transmisión de saberes y pasar a una que la entienda como una práctica especializada que se propone que el educando aprenda y sobre todo, comprenda, razone, confronte y/o disienta. En lo correspondiente al aprendizaje, se exige asumirlo como un proceso vital, con lo cual podremos entender el tránsito escolar como un ciclo o una etapa de él.
- Entender el aprendizaje como un proceso que compromete la vida del ser humano, nos conduce a reconocer como relevantes los aprendizajes extraescolares, y por tanto, nos permite también, partir de ellos para el trabajo de la escuela y procurar que el educando, igualmente, aprenda fuera de ella sobre la base o la aplicación de los saberes de la escuela. Entendiendo el aprendizaje como un proceso vital aceptaremos que es histórico, esto es, sembrado y comprometido con un tiempo y un espacio de los cuales participa el sujeto, y que ellos son de por sí absolutamente cambiantes y dinámicos.
- Asumir el aprendizaje como parte de nuestro transcurso vital nos obliga a comprender que, contrariamente a lo que piensa el aparato escolar, no hay espacio ni tiempo específicos y/o exclusivos para aprender. De manera que ni el aula ni la clase son los únicos lugares, ni los lapsos en los cuales se aprende. Así, aceptaremos que se aprende en la casa, a través de los medios, en la calle, en la cancha, en el taller y también en el aula y el laboratorio. Aprendemos durante toda la vida, por lo cual los aprendizajes son ilimitados e imprecisos en el tiempo: algunos se realizan en bre-

«Como partes de un mundo que tratamos de entender, sólo podemos aproximarnos a él desde las infraestructuras cognitivas existentes que dan forma a nuestra consciencia».

ves lapsos y otros comprometen esfuerzos prolongados. Los aprendizajes se adquieren, producen, revisan, rehacen y recomponen, sin que para ello haya espacios precisos ni límites temporales establecidos.

- Desde el punto de vista de la enseñanza, las modificaciones señaladas implican cambios relevantes en lo que respecta a los saberes a enseñar, la práctica escolar, la didáctica, los recursos y la planificación. En lo relativo a los saberes, surge la necesidad de sustituir el criterio de la asignatura separada e inconexa y de los contenidos encerrados en compartimientos estancos, por un conocimiento amplio en el que los temas se aborden desde sus múltiples aspectos y desde variadas aristas, ligados lo más posible a la experiencia vital. En lo correspondiente a la planificación, se requiere la transformación del programa escolar del rígido corsé que es hoy, a un referente de contenidos que permita organizar la experiencia y otorgarle coherencia en la integración de saberes. Este cambio permitirá buscar una relación expedita entre las adquisiciones extraescolares y las que se propone la escuela, de manera que se derrumben el aula y la clase como espacios y tiempos únicos y se habilite una práctica que permita a los educandos conectar, confrontar, profundizar y/o reconstruir de manera conveniente sus conocimientos de la calle y de la escuela, como parte de un mismo proceso. De esta manera, será posible para la institución escolar conocer las concepciones que maneja el alumno, incluso acerca de saberes que por la ausencia del

embaulamiento ético familiar, corren el riesgo de fijarse de manera superflua, intencionalmente parcial o prejuiciada, en razón de visiones centradas en el espectáculo o de simples slogans publicitarios. Por demás está decir que al estar enterada de estas concepciones, la educación puede intervenir para enmendar desviaciones, por supuesto, a partir de prácticas desmitificadas, libres de embelecocos, gazmoñas y pacaterías.

- En lo tocante a la didáctica, resulta relevante que el educador logre clarificar que ella no es un saber meramente instrumental que le facilita cumplir su trabajo a la manera de un operador de maquinaria. Resulta imprescindible que el maestro la conciba como un área específica de su saber pedagógico, la cual le otorga los elementos para la organización de su trabajo en relación con el alumno, al tiempo que le permite habilitar los medios e instrumentos para cumplir su función de enseñar, es decir, lograr que se aprenda.
- Con respecto a los recursos, resulta muy importante que el educador los reconozca como tales y no como fines en sí. Las técnicas y los recursos son herramientas que permiten abordar el trabajo de enseñar y aprender con mejores perspectivas, pero ellos por sí solos no garantizan el logro. De tal suerte que el aprendizaje, si bien está relacionado con las técnicas, métodos y recursos, no depende única y exclusivamente de la utilización de ellos. Además, los recursos no son una panacea y en no pocas ocasiones, sobre todo cuando se utilizan sin mayores criterios que los de una pretendida modernización o dinamización del trabajo escolar, terminan siendo por demás contraproducentes.
- Finalmente, parece que vamos forzando una conclusión: resulta necesaria una escuela de otro tipo, pero sobre todo y fundamentalmente, un educador distinto, conocedor de su oficio, capaz de recuperar la dimensión intelectual del trabajo del maestro, superando la función de mediación y facilitación a la cual lo ha relegado el vigente sistema escolar.

En los medios:

- En primer lugar, surge como impostergable el reconocimiento y la reivindicación de la educatividad de los medios, no sólo cuando difunden las charlas doctas que reclaman los racionalistas, sino como parte de su condición comunicacional. No existe hoy la menor duda sobre el poder de persuasión de los medios, su capacidad para modificar hábitos, su fuerza para imponer modas e inducir valores, virtudes éstas inseparables de sus bondades educativas.
- Igualmente, es deseable para una relación de nuevo tipo entre los medios y la educación, que los primeros revisen su función básica de entretenimiento, aparentemente la única que tienen en nuestra sociedad, y se avance hacia el logro de un vértice de relación con el propósito educativo, el cual, sin la pretensión de desplazar o desvirtuar la propuesta de diversión, logre a partir de ella, la rica función educativa que tienen los medios.
- Igualmente, parece conveniente desmitificar los procesos de producción y presentación de programas radiotelevisivos. Es importante acercar los medios al uso de los legos, develándolos, convirtiéndolos en procesos asequibles, factibles de ser abordados por gente común y no sólo por técnicos superespecializados y mediante la utilización de un aparataje inalcanzable para presupuestos menguados. En este sentido se ha avanzado bastante con el surgimiento de las emisoras y televisoras comunitarias.
- Finalmente, tal cual lo manifestamos desde el lado educativo, la posibilidad de una fructífera relación entre medios y educación, requiere unos medios de nuevo tipo, pero sobre todo, y esta es parte medular de esa transformación, reclama un profesional de la comunicación que supere el anuncio de discos o mensajes comerciales, el manejo de una cámara o grabadora, o el pulso de una "switchera" como base de su trabajo, y avance hacia una redimensión conceptual de su labor en nuestra sociedad.

En conclusión

La posibilidad de crear un espacio de relación entre educación y medios de comunicación, ha comprometido el esfuerzo de no pocos soñadores desde hace muchos años. Sin embargo, el mayor tropiezo quizás ha estado en la ausencia de identificación de las particularidades y singularidades de cada elemento, lo cual ha conducido a la pretensión de invasión a partir de las condiciones y dinámicas del otro. Así, pretendimos montar escuelas a través de los medios trasladando las aulas a ellos, sin atender a la diferencia de sus procesos; y de la misma manera, la llamada Tecnología Educativa nos quiso vender la fantasía de que la modernización de la educación pasaba por la incorporación de toda suerte de "cacharros" al trabajo escolar.

Sólo es posible el diálogo bajo condiciones de respeto, se nos ha dicho siempre. Pues eso mismo ocurre con estos dos sectores tan importantes en la dinámica social. Sólo en la medida en que se atiende a las condiciones de cada uno y que no se pretenda someterlas a las del otro, puede darse una relación fructífera.

La educación y los medios no se repelen, está claro. Simplemente exigen, y aquí está el mayor escollo, que se respeten sus procesos, tiempos, lógicas y dinámicas, para entonces aportar convenientemente lo que cada uno puede acarrear en esta relación.

Requerimos sí una escuela que reconozca, valore e incorpore, como elementos básicos de su trájín cotidiano, los saberes adquiridos fuera de ella y por supuesto, a través de los medios; e igualmente, precisamos de unos medios que reconozcan y reivindiquen la fuerza de su educatividad y asuman la responsabilidad que la sociedad les señala.



Referencias

- Bisbal, M. (1996). La relación educación y comunicación: ideas para reubicar una reflexión. *Revista de Pedagogía*, XVII (46), 72 - 76.
- Savater, F. (1997). *El Valor de Educar*. Barcelona: Ariel .
- Vattimo, G. (1991). Postmodernidad ¿una sociedad transparente? en "*Colombia el Despertar de la Modernidad*". Foro Nacional por Colombia. Santa Fe de Bogotá.